



MODERNIZACIÓN Y APOYO POLÍTICO: DEL AUTORITARISMO A LA DEMOCRACIA (MÉXICO 1959 Y 2009)

Nicolás LOZA *
Benjamín TEMKIN**

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Cuarenta años de cultura política*. III. *El procedimiento*. IV. *Comparación*. V. *Conclusiones*. VI. *Bibliografía*.

I. INTRODUCCIÓN

En este trabajo, nos proponemos describir cuánto cambiaron la confianza generalizada, la socialización democrática familiar y escolar, las percepciones de la gente respecto a la influencia del gobierno sobre el nivel de vida y sobre su capacidad de incidir en el gobierno, los valores democráticos, la participación política, el partidismo, así como la confianza y orgullo en el sistema político de los mexicanos entre 1959 y 2009, distinguiendo estas transformaciones entre individuos más educados, interesados e informados en política, por un lado, de aquellos menos educados, interesados e informados por el otro.

Conceptualmente, partimos de la definición clásica de Almond y Verba (1963), conforme a la cual, la cultura política es el conjunto de orientaciones psicológicas —cognitivas, afectivas y evaluativas— que tienen los individuos hacia el sistema político y sus partes. Si bien la distinción que hacemos de individuos según sus niveles de educación, información e interés en política descansa en el concepto de *movilidad cognoscitiva* acuñado por Russell Dalton (2004), se trata de una variación de éste, pues no incluimos la identificación partidaria como se ha hecho en otros trabajos también sobre el caso mexicano (Temkin, Solano y Del Tronco: 2008).

Sin ignorar la extensa discusión que durante casi medio siglo se ha dado alrededor de la cultura política, sus muy distintas interpretaciones y derivaciones empíricas (Lichterman y Cefai: 2008), así como los diferentes y

* Profesor e investigador, FLACSO-México (temkin@flacso.edu.mx).

** Profesor e investigador, FLACSO-México (loza@flacso.edu.mx).

muy críticos juicios acerca de sus aportes (Almond y Verba: 1980 y Sabetti: 2007) optamos por realizar esta comparación sin detenernos, más allá de lo necesario, en las dimensiones conceptual y metodológica.

El texto consta de cuatro partes. En la primera, contrastamos las condiciones sociales, económicas y políticas del México de 1959 y de 2009, incluyendo un apunte sobre lo que el enfoque de la cultura política trabajó en torno al país en estos años. En la segunda, ponemos a consideración del lector nuestro procedimiento de investigación, informando los conceptos que procuramos traducir en índices empíricos y la manera en que lo hicimos. En la tercera parte, la más extensa de todas, hacemos la comparación de las dimensiones que nos interesan, índice por índice, y en la cuarta y última, presentamos nuestra conclusión.

II. CUARENTA AÑOS DE CULTURA POLÍTICA

Entre 1959 —cuando Almond y Verba recogieron los datos de su clásico trabajo— y 2009, México experimentó un conjunto de transformaciones en la economía, la sociedad y la política que deben tenerse en cuenta al comparar las actitudes y opiniones políticas de sus pobladores. En estos años, también se multiplicaron los estudios empíricos basados en encuestas, por lo que la comparación que aquí presentamos puede contrastarse con otras fuentes.

Durante el sexenio del presidente Adolfo Ruiz Cortínez (1953-1958), la economía mexicana creció en promedio 6.3% al año, con una inflación acumulada en el periodo de 44%. En 1959, el primer año de la presidencia de Adolfo López Mateos, el PIB creció 3%, la inflación -0.04% y el PIB por persona llegó a 2,441 dólares actualizados (Aguirre Botello: 2010). Para entonces, México era un país de 33 millones de personas, 58% de ellas viviendo en localidades de quince mil habitantes o menos y entre los mayores de 10 años, 34% era analfabeta (INEGI: 2010). En lo político, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) controlaba la titularidad del ejecutivo, no enfrentaba oposición electoral alguna y dominaba políticamente el país. La sucesión presidencial de 1958 fue la primera en que el titular del Ejecutivo hizo “por sí mismo y sin interferencia la designación de su sucesor” (Reyna: 1989, 108). Fueron los años del “milagro mexicano”, la cúspide en términos de poder, respaldo y expectativas del régimen autoritario.

En contraste, en el sexenio del presidente Vicente Fox (2000-2006), el crecimiento promedio anual de la economía fue de 2.3%, con una inflación acumulada de 29.8%. En 2007, el primer año del presidente Calderón, la economía creció 3.6%, en 2008 apenas 1.3% y en 2009 tuvo un retroceso cercano a 6%. Ese año, la inflación fue de 3.6%, el desempleo alcanzó

5% y el PIB por persona superó los 8 mil dólares (Aguirre Botello: 2010). Para 2005, México contaba con una población de 103 millones de personas, 28.9% de ellas viviendo en localidades de quince mil habitantes o menos y con una población analfabeta entre mayores de 10 años de 8% (INEGI: 2010). Políticamente, en 2009 el Partido Acción Nacional (PAN) ocupaba por segunda ocasión consecutiva la presidencia de la República, tres años después de una elección muy competida y cuestionada, en un contexto de distribución plural del poder, sin control del legislativo y con la mayoría de las gobernaturas en manos de la oposición. Durante la sucesión de 2006, el entonces presidente de la República, también del PAN, no pudo controlar la designación del candidato presidencial en su propio partido y el principal aspirante de la oposición, del Partido de la Revolución Democrática (PRD), realmente desafió al partido en el gobierno. En menos de una década de vida, la nueva democracia enfrentó la más severa crisis económica mundial después de la de 1929 y los mexicanos pasaron de sus muy optimistas expectativas al inicio del nuevo régimen, a una fuerte decepción hacia 2009.

En *The Civic Culture* un punto de partida fue que el régimen político mexicano era democrático, pero sus ciudadanos tenían una cultura política parroquial, asociada al tradicionalismo de su sociedad y economía. Un postulado adicional también vinculaba directamente la modernización a la democratización, haciendo de la cultura cívica uno de los rasgos sobresalientes de la democracia misma. La transformación del país en estos cuarenta años acabó con el régimen de la posrevolución, autoritario en realidad, lo que, junto a la modernización social y económica, conforme a los pronósticos del trabajo de Almond y Verba, tendría que haberse asociado a la emergencia de la cultura cívica.

Los trabajos sobre la cultura política de los mexicanos influidos por *The Civic Culture*, se ocuparon diferencialmente de estas problemáticas. Por un lado, los estudios electorales de los años setenta y ochenta, a los que Buendía, Moreno y Seligson (2004) llaman *sociológicos* destacaron el carácter autoritario del régimen, en tanto que el tratamiento de los valores de los años ochenta y de entonces hasta nuestros días, mostró la dificultad para reconocer una sola pauta de transformación. ¿Cuánto cambiaron la confianza interpersonal, los procesos de socialización, las percepciones de competencia subjetiva e influencia gubernamental, el partidismo y el orgullo en el sistema político, habida cuenta de las grandes transformaciones económicas, sociales y políticas que el país experimentó en estos años?, ¿los cambios irán en la misma dirección?, ¿qué tan distinto pensaban y piensan ahora aquellos mexicanos más informados e interesados en política de aquellos que no lo están?

III. EL PROCEDIMIENTO

Tal y como lo apuntamos en la introducción, nuestro interés es comparar no sólo dos momentos, sino también dos tipos de individuos diferentes por sus recursos educativos y de información, así como por su interés en política. Utilizando el concepto de *movilidad cognoscitiva* de Dalton, distinguimos entre quienes tienen alta y baja movilidad, para lo cual utilizamos tres variables fuente: nivel educativo, información e interés en política. Las personas con alta movilidad cognoscitiva son quienes tienen más educación, información e interés en política, mientras que las características contrarias, caracterizan la baja movilidad. Suponemos que los efectos sobre el sistema político de que estos segmentos de individuos sostengan uno u otro tipo de valores, diferirán, así como que los individuos con alta movilidad cognoscitiva podrían liderar políticamente e indicar la dirección que seguirán, en un futuro, los cambios actitudinales.

Por su parte, considerando su lugar en la propuesta de Almond y Verba, la estructura de la encuesta y la disponibilidad de indicadores para trabajar tanto en la aplicación de 1959 como en la de cuarenta años después, construimos nueve índices:

- *Índice de confianza generalizada*, que tras una prueba de correlación, agrupó las respuestas de los individuos a la pregunta “¿hoy en día se puede confiar en la mayoría de la gente o hay que ser demasiado cuidadoso?”¹ y a la afirmación “si uno no tiene cuidado de sí mismo, la gente se aprovechará”.
- *Índice de socialización democrática familiar*, que mediante prueba de reducción de datos, incluyó las respuestas a las preguntas “¿cómo se toman ahora las decisiones en su familia?”, “¿quién toma ahora las decisiones sobre los castigos de los hijos cuando se portan mal?” y “¿quién toma la decisión de cómo votar?”.
- *Índice de socialización democrática en la escuela*, que al igual que en el caso anterior, redujo datos e incluyó las respuestas a las preguntas “en su escuela primaria, ¿qué tanta oportunidad tenían los niños de expresar sus opiniones en debates o discusiones?”, “¿alguna vez participó en estas discusiones o debates?”, y “sus maestros, ¿qué tan interesados estaban en usted como persona?”.
- *Índice de valores políticos democráticos* que también mediante pruebas de correlación agregó las respuestas a las afirmaciones “el voto

¹ Las preguntas se transcriben tal y como aparecieron en los cuestionarios originales en castellano.

de la mayoría debe decidir las acciones del gobierno” y “unos cuantos líderes decididos harían más por el país que todas las leyes”.

- *Índice de percepción de influencia del gobierno sobre el nivel de vida* que incluyó, después de una prueba de reducción de datos, las respuestas a las preguntas “¿la política nacional contribuye o no contribuye al mejoramiento del nivel de vida para todos los mexicanos?”, “¿cuánto diría que las leyes y acciones del gobierno inciden en su vida? y “¿las actividades del gobierno del estado (de la ciudad de México) contribuyen o no contribuyen a mejorar las condiciones de vida de las personas en este estado (la ciudad de México)?”.
- *Índice de competencia ciudadana*, que mediante pruebas de correlación integró las respuestas a si “¿ha participado o no ha participado tratando de influir sobre la toma de decisiones en su comunidad?” y a la afirmación, “la gente como usted no tiene nada que decir de lo que hace el gobierno”.
- *Índice de participación política* que integró las variables, después de una prueba de correlación, “número de organizaciones en las que participa” y “¿durante el último año participó o no participó en alguna reunión para discutir asuntos políticos?”.
- *Índice de partidismo* que agregó, previa prueba de reducción de datos, las respuestas a las preguntas “¿actualmente, es usted miembro de algún partido político?”, “¿por cuál partido se inclina usted más?” y “en cualquier tipo de elecciones, ¿por lo general usted sabe cómo votará antes de que empiece la campaña o a veces tiene dudas de por quién votar?”.
- *Índice de confianza y orgullo en el sistema político* que también a través de la reducción de datos, agregó respuestas a “¿está de acuerdo con que existen ciertos grupos que tienen influencia en el gobierno, que los intereses de la mayoría no son escuchados?”, “si usted explicara su punto de vista a los funcionarios del gobierno, ¿le darían o no le darían una consideración seria a lo que usted tiene que decir?”, “si usted explica su punto de vista a la policía, ¿le darían o no le darían a su punto de vista una consideración seria?”, “todos los candidatos se oyen bien en sus discursos pero no se puede saber qué van a hacer después de que sean elegidos” y “¿cuáles son las cosas de este país que lo hacen sentir más orgulloso de ser mexicano?”.

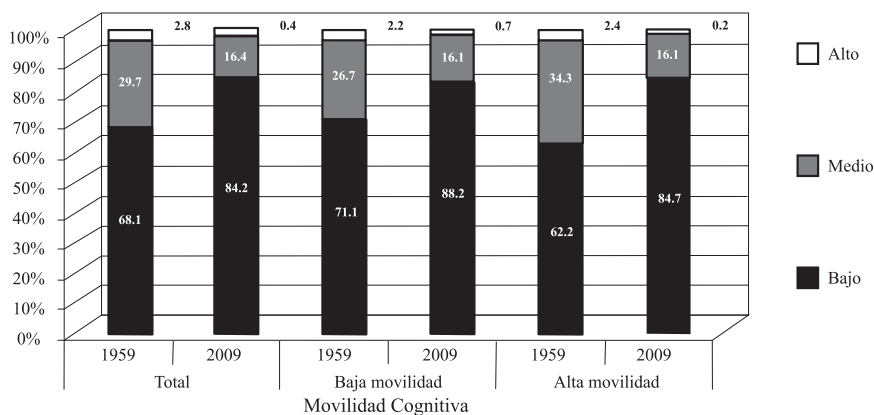
IV. COMPARACIÓN

Una de las proposiciones de Almond y Verba quizá más cuestionadas, fue la que asoció la confianza generalizada con el florecimiento de la demo-

cracia. Sus críticos han sugerido que los vínculos de confianza y las relaciones que guardan con la evaluación del régimen político y el juicio hacia las élites, son multiformes: las personas pueden confiar en el *otro generalizado*, pero no necesariamente en sus dirigentes políticos, pueden confiar ciegamente en sus lazos *fuertes*, pero no en los *débiles*, el *otro generalizado* ni en las instituciones públicas, entre muchas combinaciones posibles. La derivación teleológica tampoco ha sido bien recibida (Sabetti: 2007, 345).

En México, la comparación del registro de confianza generalizada en 1959 y 2009 no va en la dirección prevista por la teoría: hace 40 años, 32% de entrevistados calificó en los valores medio y alto del índice de confianza generalizada, mientras que en 2009 esa cifra bajó a 16%.² Más interesante aún fue la inversión de la distribución entre grupos dada su movilidad cognoscitiva: en 1959, contar con estudios medios superiores o más, interesarse y estar informado en política se vinculó a confiar en los demás en una magnitud mayor que entre las personas con menos estudios, interés e información política; en 2009 sucedió lo contrario, es decir, la gente más informada, interesada en política y preparada, resultaba más suspicaz que la gente con menos estudios, interés e información (gráfica 1). El caso mexicano, entonces, representaría una anomalía no sólo porque tras la democratización la confianza se debilitó, sino porque entre los grupos con más recursos cognoscitivos, hay más suspicacia.

GRÁFICA 1
ÍNDICE DE CONFIANZA GENERALIZADA



² Para éste y todos los índices que se presentan en este trabajo, se hizo una prueba de diferencia de proporciones y, en todos los casos, los resultados fueron significativamente diferentes entre ambas aplicaciones.

Contrario a lo que sucedió con la confianza generalizada, la socialización democrática en la familia y la escuela cambiaron en la dirección esperada conforme a las proposiciones de la cultura política. En 1959, alrededor de una cuarta parte de la población tenía prácticas familiares democráticas, mientras que cuarenta años después ese segmento llegaba casi a dos terceras partes del total; la tendencia es la misma en la escuela, pero el punto de partida fue más modesto: a la mitad del siglo XX, cerca de 11% de mexicanos habría calificado en la cima democrática de nuestro índice para la escuela primaria, mientras que a principios del siglo XXI esa cifra subió a 18%. Sin embargo, el cambio más dramático se experimentó *por lo bajo*, pues más de dos terceras partes se situaron en medio, abajo o debajo del índice de socialización democrática en la escuela en 1959, mientras que en 2009 ese segmento se redujo a menos de la mitad (cuadro 1). Llama la atención, sin embargo, la disparidad entre el número de quienes experimentaron socialización democrática en la familia o en la escuela: ¿por qué esta última permanece como un espacio con menor extensión de las prácticas democráticas?, ¿no sería lógico que las familias que toman opinión y propician el diálogo entre sus integrantes, procuraran estas mismas conductas en las escuelas de sus hijos?, ¿las prácticas familiares delatarán preferencias y las escolares las restricciones asociadas al diferencial de recursos, o será que de la familia se recuerda lo bueno o se opina lo socialmente deseable?

CUADRO 1
ÍNDICES DE SOCIALIZACIÓN DEMOCRÁTICA EN...
(PORCENTAJES)

	<i>...Familia</i>		<i>...Escuela</i>	
	1959	2009	1959	2009
Todos				
Alta	25.8	57.9	10.7	17.9
media	39.7	37.2	16.7	37.8
Media baja	34.1	4.6	45.4	31.2
Baja	0.4	0.4	27.2	13.0
Baja movilidad cognoscitiva				
Alta	27.5	55.4	3.6	8.1
media	36.7	37.9	12.3	29.5
Media baja	35.5	6.4	43.1	31.1
Baja	0.3	0.4	40.9	31.4

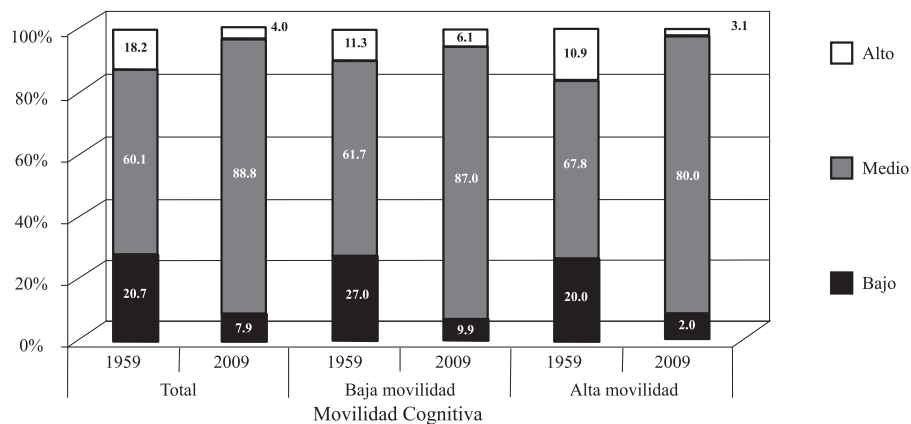
Alta movilidad cognoscitiva				
Alta	22.8	59.1	21.1	22.4
media	44.8	36.9	24.2	41.6
Media baja	31.8	3.8	49.5	31.3
Baja	0.5	0.3	3.3	4.6

¿Cuánta diferencia en la calidad de su socialización familiar y escolar reportaron las personas con baja y alta movilidad cognoscitiva? Para ambos años, mucha en la escuela pero poca en la familia. En 1959, casi 28% de entrevistados con baja movilidad cognoscitiva reportó alta socialización democrática familiar, incluso por arriba pero cerca del 22% de personas con alta movilidad; en 2009, 55% de personas con baja movilidad reportó una socialización democrática familiar alta, cifra también cercana pero ligeramente por abajo del 59% de quienes la tuvieron entre personas con alta movilidad. En suma: el cambio fue muy fuerte en cuarenta años pero en ningún caso implicó diferencias derivadas de los niveles educativos, de información e interés en política de las personas. En la escuela, por el contrario, en 1959 sólo 3.6% de quienes tenían baja movilidad cognoscitiva experimentaron alta socialización democrática, muy atrás del 23% de personas con alta movilidad. Y en 2009 la diferencia se mantuvo aunque la brecha se redujo ligeramente (cuadro 1). Los recursos cognoscitivos hacen diferencia en el tipo de escuela a que se acude, pero no parecen tener efecto en las prácticas familiares.

Lo que sucede con los valores democráticos se nos presenta como una verdadera paradoja: ni en 1959 ni cuarenta años después ni entre las personas con baja ni con alta movilidad cognoscitiva, es muy alta su presencia, pero en la cúspide del régimen autoritario de la posrevolución, 13% calificaba como demócrata en nuestro índice y cuarenta años después, tras una década de vida democrática, los demócratas llegaron apenas a 4% del total. Y si entre personas con baja movilidad cognoscitiva esta paradoja no fue tan acentuada, pues quienes suscribían valores democráticos pasaron de 11 a 6%, entre los que tienen más recursos educativos, de información e interés político, el declive fue mayor, pues a mediados del siglo pasado 16% tuvo el más alto puntaje en el índice de valores democráticos, mientras que en 2009 esa cifra bajó a 3% (gráfica 2).

GRÁFICA 2

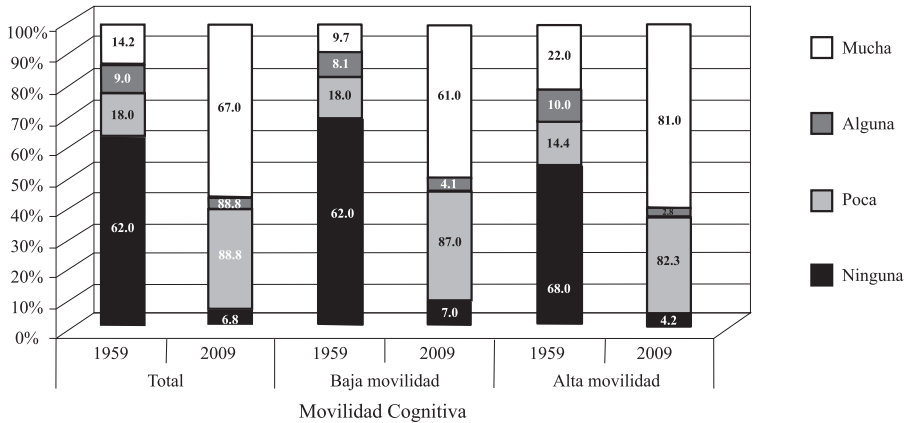
ÍNDICE DE VALORES POLÍTICOS DEMOCRÁTICOS



Que en México haya menos personas con el puntaje más alto en nuestro índice de valores democráticos bajo el régimen democrático que en el autoritario, tiene como contraparte la disminución de la proporción de quienes alcanzaron los puntajes más bajos: hay menos demócratas, sí, pero también menos autoritarios. El único segmento que creció fue el de las personas con valores mixtos, siendo notable la expansión entre los más educados, interesados en política e informados (gráfica 2). ¿Qué significado puede tener esta distribución? Podríamos confinarnos a una lectura muy ortodoxa de los valores y suponer que, inmutables al entorno, simplemente suscribir la extendida idea de que vivimos una democracia sin demócratas; otra posibilidad, más realista a nuestro juicio, es que los valores y sobre todo sus indicadores empíricos tienen un componente pragmático, vulnerable al entorno, entonces tras más de dos lustros de experiencia democrática con problemas de desempeño gubernamental, se vuelven atractivas las ofertas autoritarias.

La percepción de la influencia del gobierno sobre la vida de las personas cambió fuertemente: en 1959, sólo 14% de los entrevistados dijo que era mucha, mientras que en 2009 esta cifra subió a 58%. La dirección de la transformación fue la misma entre individuos de alta y baja movilidad cognoscitiva, pero la cuantía difirió: entre las personas de alta movilidad, este juicio se multiplicó casi por tres, pero entre los de menos escolaridad, con menos información e interés en política, la idea de que el gobierno *efectivamente influye* sobre sus vidas, se multiplicó por cinco (gráfica 3).

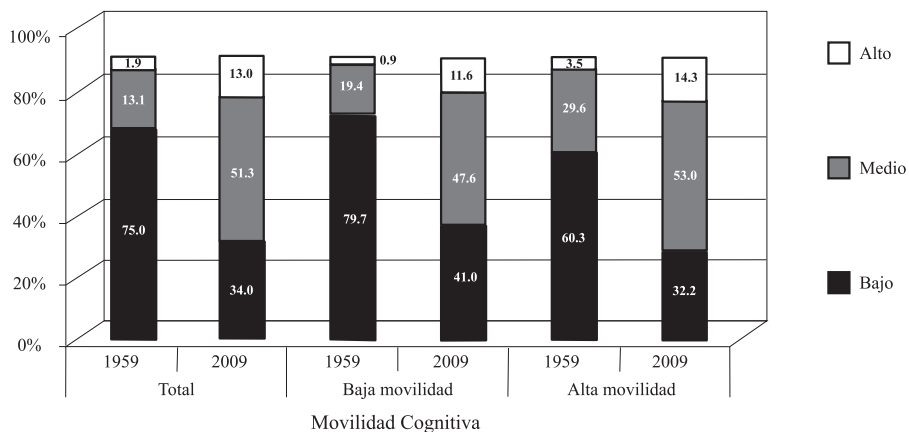
GRÁFICA 3
 ÍNDICE DE PERCEPCIÓN DE INFLUENCIA DEL GOBIERNO
 SOBRE SU VIDA PERSONAL



La contraparte a la percepción de la influencia del gobierno en la calidad de vida de las personas, es la percepción de competencia ciudadana, es decir, la idea que las personas tienen de su capacidad para entender y opinar en los asuntos públicos, intentando influir en ellos. En 1959, sólo 1.3% de entrevistados calificó en el rango más alto de nuestro índice, en tanto que 75% en el más bajo, lo que significa una auto descripción de enorme incompetencia ciudadana, lo que cuarenta años después se modificó notablemente. En 2009, 13.8% de entrevistados calificó en el valor más alto del índice, es decir, el número de ciudadanos que creen entender los asuntos públicos y procuran influir en su marcha, se multiplicó por diez respecto a la de mediados del siglo XX, en tanto que 34% de los entrevistados expresaron nula sensación de competencia ciudadana, lo que representa una tercera parte de la cifra anterior (gráfica 4).

GRÁFICA 4

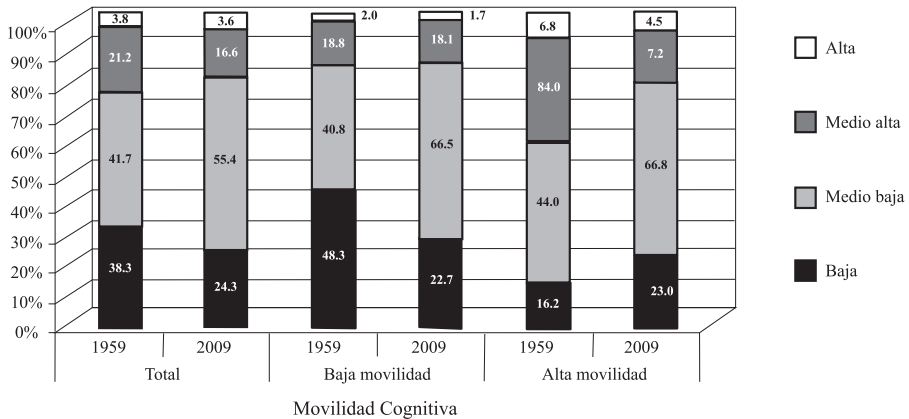
ÍNDICE DE COMPETENCIA CIUDADANA



En este cambio, las diferencias entre personas atribuibles a sus recursos cognoscitivos fueron muy pocas; de 1959 a 2009, la proporción de mexicanos con baja movilidad cognoscitiva que se sentían cívicamente competentes se multiplicó por doce, mientras que entre las personas con más educación, información e interés en política se multiplicó por cuatro, pero las diferencias en el punto de partida hacen que sigan siendo más —2.2 por ciento por arriba— las personas con alta movilidad cognoscitiva que se colocaron en el valor máximo del índice. Finalmente, lo que parece más relevante es que para 2009, 65% de los mexicanos sentían que entendían y podían influir medianamente o en mayor medida en los asuntos públicos y que además, esa cifra no difería mayormente cuando distinguíamos a las personas por sus recursos cognoscitivos.

De manera ligeramente convergente, con mucha menos fuerza y claridad, la participación política *no electoral* de los mexicanos cambió entre 1959 y 2009, pero con matices. Quienes *ni* se organizan *ni* participan, fueron menos en términos relativos, pero también quienes participaban y se organizaban; sólo aumentó la proporción de los que, o se organizan o participan, una de las dos pero no ambas ni ninguna, es decir, el segmento intermedio. ¿De qué tamaño fue esta transformación?, ¿cómo interpretarla?, ¿cuál es el desafío de estos cambios al modelo progresivo de la teoría?, ¿cuánta diferencia hizo la disposición de recursos cognoscitivos?

GRÁFICA 5
ÍNDICE DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA



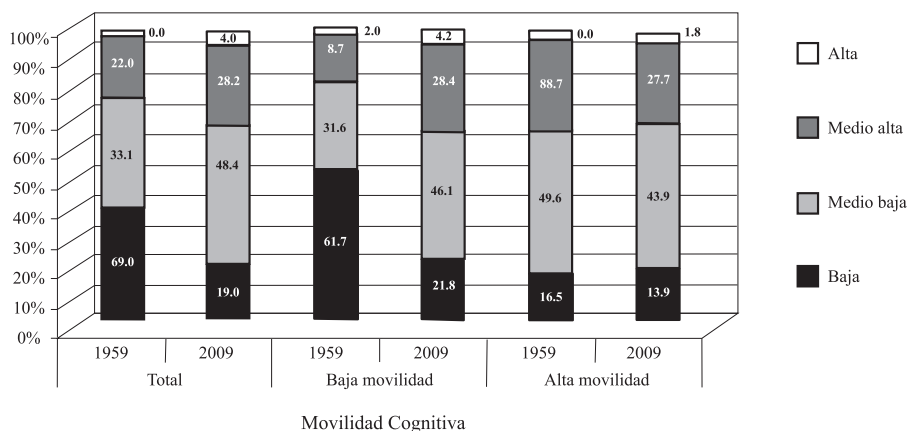
En 1959, 33.3% de entrevistados habría calificado en el valor más bajo del índice de participación, mientras que en 2009 esa cifra pasó a 24.8%; dicho de otra manera, cuarenta años atrás, alrededor de un tercio de los mexicanos ni participaba en organizaciones sociales ni había acudido a reunión alguna para discutir asuntos públicos; en 2009, ese segmento se redujo a cerca de una cuarta parte. Pero en la cúspide de este tipo de involucramiento político, los cambios no fueron en la misma dirección: en 1959, 25% de entrevistados alcanzó los más altos puntajes del índice, en tanto que en 2009 esa cifra bajó seis puntos porcentuales. En suma, tras cuatro décadas en que el país se modernizó y democratizó, menos gente es ajena del todo a la participación política *no electoral*, pero menos también se involucra plenamente en ella. El resultado es el ensanchamiento del segmento de quienes tienen una participación media baja, que a mediados del siglo XX fue de 41.7% y en 2009, ascendió a 55.6% de entrevistados (gráfica 5).

Este cambio general, en que se adelgazan los extremos y se ensancha el centro, fue muy desigual si nos fijamos en la distinción generada por las diferencias en recursos cognoscitivos, pues mientras las personas con menor educación, información e interés en política se movieron en la misma dirección que el conjunto, de hecho *lo definieron*, el desplazamiento de quienes cuentan con mayor movilidad cognoscitiva, fue el inverso: en 1959, 15% ni estaba organizado ni participaba en cuestiones públicas, en 2009, sumaron 23%. Y mientras la reducción del segmento de los organizados y participativos, simultáneamente, entre personas con baja movilidad cognoscitiva

podría ser simple diferencia muestral —tan sólo de un punto porcentual— entre las personas con más recursos cognoscitivos fue cuantioso, pues en 1959 sumaban 37% y cuarenta años después había que restarle a esta cifra 15 puntos porcentuales (gráfica 5).

La interpretación de las transformaciones que informa el índice de participación, no es sencilla, pues utilizamos un par de reactivos que miden participación no electoral, por lo que la disminución de los que están muy involucrados podría atribuirse no sólo a desinterés o alejamiento del sistema político, sino a que la utilidad de organizarse e intervenir directamente no es la misma en un régimen autoritario y corporativo, que en uno democrático, donde votar y ser representado por un partido, puede ser suficiente. Sin embargo, sería difícil contrastar estos resultados de participación no electoral con los de participación en elecciones, pues no puede confiarse en la estadística electoral del régimen autoritario (Ramos Oranday: 1989, 163), ¿que en la elección de 1958 la concurrencia a las urnas haya sido de 72%, diez puntos porcentuales por arriba del registro de 2006 no será obra del *vaciado diferencial* del padrón para fabricar *legitimidad* a un régimen que no distribuía el poder mediante elecciones?, ¿la ligeramente menor participación electoral de los mexicanos en 2009 frente a 1959, no será producto del éxito relativo del régimen representativo y el funcionamiento de los partidos políticos?, ¿cuál es la calidad del vínculo entre ciudadanos y partidos?

GRÁFICA 6
ÍNDICE DE PARTIDISMO



Nuestro índice de partidismo exhibe el debilitamiento general del apartidismo entre los mexicanos en los últimos cuarenta años; se trata, subrayamos, de lo que sería una tendencia de largo plazo, que en lo inmediato, es decir, en los últimos dos lustros, podría tener otra dirección (Dalton: 2004). En 1959, 39% de entrevistados ni estaba afiliado, ni se inclinaba, ni comprometía su voto hacia un partido antes de las campañas; cuarenta años después, esa cifra fue veinte puntos porcentuales más baja. Y en la cúspide del partidismo, quienes compartían dos o tres de estas características fueron 23% a mediados del siglo pasado y 32% en 2009. En el medio bajo de este índice, es decir, los que sólo estaban afiliados o se inclinaban o votaban seguro hacia un partido, pasaron de 38 a 48% en estos años. ¿Qué diferencias hicieron en su partidismo los recursos cognoscitivos de las personas?

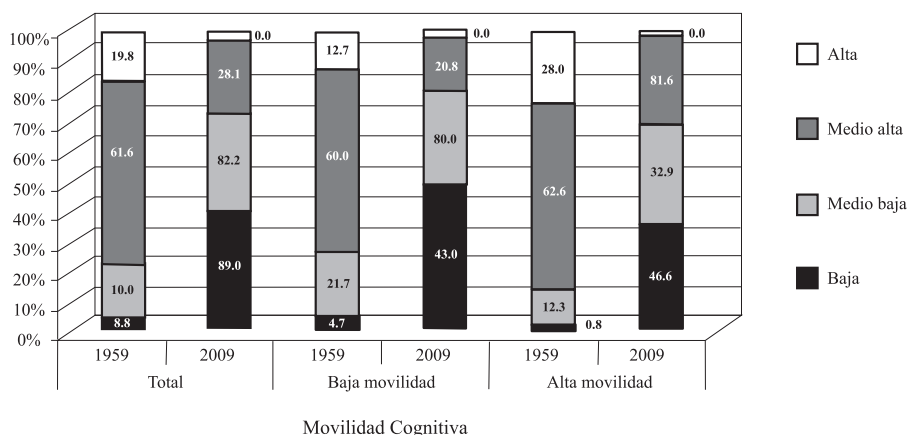
En 1959, el partidismo caracterizaba a las personas con mayor movilidad cognoscitiva: casi 52% de entrevistados de baja movilidad no declaró vínculo alguno con partidos, en tanto que entre las personas de mayor movilidad cognoscitiva, esa cifra fue de apenas 17%. Cuarenta años después, la distribución del índice de partidismo entre personas de alta y baja movilidad cognoscitiva es prácticamente igual (gráfica 6).

¿Qué hipótesis podríamos ofrecer respecto a los mecanismos que llevaron a las personas con más estudios, información e interés en política a desplazarse ligeramente hacia el apartidismo y a los que tienen menos recursos cognoscitivos al partidismo? Para empezar, asumiríamos que las personas con más estudios, información e interés en política *definen* la forma del vínculo ciudadano con el sistema político, es decir, no fueron contra la tendencia general, sino que en 1959 estaban adelantándola igual que en 2009. Entonces, una primera derivación que haríamos, es que el desplazamiento general del lazo de los individuos con los partidos que presenciamos en estos cuarenta años, podría incluir profundas transformaciones en su naturaleza y no sólo en su cuantía, lo que implica, por un lado, que no sólo hay más partidistas sino que el componente clientelar pudo debilitarse; por el otro, el ligero debilitamiento del partidismo entre las personas con mayor movilidad cognoscitiva, no necesariamente implicaría apoliticismo, sino menor disposición a sostener vínculos de confianza incondicional. Si esto último fuera cierto, le proporciona cierta lógica al debilitamiento de la confianza interpersonal sin contrariar la percepción tanto de que el gobierno influye en la vida de las personas como que los ciudadanos son competentes políticamente. Entonces, el declive parcial de la participación no electoral entre las personas con más recursos cognoscitivos, asociado al del partidismo, delataría la presencia de un segmento que, efectivamente, se distancia del sistema político. La evolución del apoyo al régimen proporciona indicios a favor de esta última posibilidad.

El índice de confianza y orgullo en el sistema político agrupó la respuesta de los entrevistados a cinco preguntas en 1959 y 2009: la primera es la evaluación de los entrevistados del peso de los intereses particulares en la conducción del Estado, la segunda y tercera, es la percepción de los ciudadanos en torno a la relevancia de sus opiniones entre administradores públicos, la cuarta es la responsividad que perciben de los políticos, mientras que la quinta y última, enorgullecerse o no, del sistema político. Por supuesto, para éste como para los demás índices, nos aseguramos de que estos indicadores se asociaran entre sí y dieran cuenta de una misma dimensión que a su vez se distingue de otras semejantes (gráfica 7).

GRÁFICA 7

ÍNDICE DE CONFIANZA Y ORGULLO EN EL SISTEMA POLÍTICO



En 1959, 16.8% de entrevistados alcanzó el valor más alto en nuestro índice de confianza y orgullo en el sistema político, mientras que 61.5% logró el valor medio alto y sólo 3% no expresó opinión favorable alguna. En suma: casi 8 de cada diez mexicanos respaldaban al régimen político autoritario hacia mediados del siglo XX. Tras cuarenta años en que se sucedieron el declive de ese régimen, la transición y la primera década de *normalidad* democrática, en medio de una profunda crisis económica, no hubo entrevistado alguno que alcanzara el valor más alto en nuestro índice de confianza y orgullo, en tanto que sólo 28% tuvo el medio alto. En suma: casi tres de cada diez mexicanos respaldaba la democracia mexicana a finales de la primera década del siglo XXI.

¿Qué diferencia hizo en el vínculo de respaldo al régimen político el diferencial de recursos cognoscitivos? En esta dimensión, tanto las personas de alta como las de baja movilidad cognoscitiva, se movieron en la misma dirección, pero la diferencia es que el deterioro del respaldo al régimen fue más fuerte entre los individuos con menos estudios, información e interés en política. Entre estos últimos, en 1959, 61% alcanzó el nivel de respaldo medio alto, pero en 2009 esa cifra bajó a 20%. En cambio, entre las personas con alta movilidad cognoscitiva, el deterioro en la cúspide del respaldo fue tan alto como entre las de baja, pero el punto de partida era diferente por lo que la proporción de quienes tuvieron un puntaje medio alto siguió siendo considerable.

V. CONCLUSIONES

Como hemos tratado de ilustrar en estas páginas, los cambios experimentados por la cultura política de los mexicanos en estos cuarenta años no tomaron todos el rumbo que la teoría de la cultura política hubiera esperado, sino que han sido multiformes y en diferentes direcciones. Las personas más educadas, informadas e interesadas en política, desconfían más del prójimo, comparten en menor cuantía valores democráticos, tienen menos participación política no electoral y su vínculo con los partidos es menos incondicional que en 1959. ¿Se han distanciado del régimen o de la política misma? En estricto sentido, comparando el apoyo que le brindaban al sistema político en 1959, lo han hecho, pero en términos relativos, al comparar sus posturas con las que sostienen las personas con menos recursos cognoscitivos, no es así, pues su confianza y orgullo en el régimen supera la de estos últimos segmentos. A la vez, en 2009, en términos absolutos y relativos, las personas de mayor movilidad cognoscitiva experimentaron una muy extendida socialización democrática en la familia y en la escuela, por arriba de 1959 y de los sectores de baja movilidad.

En la cotidianidad de sus vidas, los mexicanos en general conviven con la democracia y la recrean en sus prácticas de socialización primaria en la escuela y la familia. Son, sin embargo, más suspicaces con el prójimo, reservados frente a los partidos aunque más partidistas en 2009 que en 1959 y erráticos con sus valores democráticos. Su confianza y orgullo en el sistema político está muy fragmentada, lo que parece natural en toda democracia (Loza: 2008), aunque en medio de la crisis, también resulte plausible atribuírselo a ésta.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE BOTELLO, Manuel, “Termómetro de la economía mexicana, indicadores históricos, 1935-2009”, *México México*, disponible en <http://www.mexicomaxico.org/Voto/termo.htm>, consultado 16 de abril de 2010.
- ALMOND, G. y VERBA, S., *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, New Jersey, Princeton University Press, 1963.
- , *The Civic Culture Revisited: an Analytical Study*, Boston, The Little, Brown and Company, 1980.
- DALTON, Russel, *Partisan Mobilization, Cognitive Mobilization and the Changing*, Center for the Study of Democracy-University of California, Irvine, Working Paper, núm. 04-11, 2004.
- INEGI, “Sistema para la consulta de las estadísticas históricas de México 2009”, <http://dgcnesyp.inegi.org.mx/cgi-win/ehm.exe/CG030070&1>, consultado el 16 de abril de 2010.
- LICHTERMAN, P., y CEFALÍ, D., “The Idea of Political Culture”, en GOODIN, R. y TILLY, C. (eds.), *The Oxford Handbook of the Contextual Political Analysis*, Oxford University Press, 2008.
- LOZA, Nicolás, *Legitimidad en disputa: Zedillo, Fox, Calderón*, México, Dilemas de la Política en Latinoamérica, FLACSO, 2008.
- RAMOS ORANDAY, Rogelio, “Oposición y abstencionismo en las elecciones presidenciales 1964-1982”, en GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (coord.), *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*, México, siglo XXI-IIS-UNAM, 1989.
- REYNA, José Luis, “Las elecciones en el México institucionalizado”, en GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (coord.), *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*. México, Siglo XXI-IIS-UNAM, 1989.
- SABETTI, Filippo, “Democracy and Civic Culture”, en BOIX, Charles y STOKES, Susan (eds.), *The Oxford Handbook of the Comparative Politics*, Oxford University Press, 2007.
- TEMKIN, B. *et al.*, “Explorando el «apartidismo» en México: ¿apartidistas o apolíticos?”, *América Latina Hoy*, vol. 50, 2008.